

Giamportone, Teresa Alicia

*Viajeros franceses en Mendoza. Buenos Aires, Alba, 2010 (165 páginas).*  
Colección "Viajeros por los Andes" n° 3. ISBN 978-987-05-9751-3.

Los relatos de viajeros constituyen una fuente de singular riqueza para la historia. En Chile, en los últimos años, los estudios de Rafael Sagredo, Olga Ulianova y Carmen Norambuena han demostrado la fecundidad de estos relatos, toda vez que aportan una mirada distinta al observador habitual. Este suele omitir lo que todos saben, lo que la comunidad de su referencia conoce en sus detalles, y por lo tanto, considera irrelevante. Por tal motivo, a veces, esa situación genera un vacío de información histórica. En cambio, el viajero ilumina esa parte de la vida que los observadores locales dejaron en la oscuridad. Además, el viajero tiene el ojo entrenado para detectar detalles que, muchas veces, los registros locales no pueden valorar por falta de recursos culturales para ello.

El libro de Giamportone rescata el relato de cinco viajeros franceses, en el tramo correspondiente a Mendoza. Los autores seleccionados visitaron Mendoza desde la independencia hasta el Centenario: Julian Mellet (1812), Raymond Monvoisin (1842-1843), Augusto M. Guinnard (1859), Leon Palliere (1859-1860) y Jules Huret (1910).

La forma de trabajo es muy sencilla: la autora transcribe el relato de cada viaje, precedido por un estudio preliminar con la vida y la obra de cada uno. Se trata de ubicar cada viaje en su contexto histórico, para comprender mejor el ambiente dentro del cual se verificó la observación de la ciudad. La autora exhibe cierta solvencia en el manejo de estas

fuentes, dado que ha dedicado varios años a trabajarlas: su tesis doctoral se dirigió, precisamente, a estudiar los viajeros que cruzaron Mendoza, no solo franceses, sino también ingleses, norteamericanos y de otras naciones. De esta manera, la autora llega al presente libro con un cómodo dominio de las fuentes.

Tras la presentación del estudio preliminar de cada relato de viajero, se incluye el texto completo de la crónica correspondiente a Mendoza. De esta manera se genera un valioso aporte a la accesibilidad de las fuentes, dado que algunos de estos textos resultan difíciles de hallar. Se pone, al alcance del investigador, un material de primera calidad.

La lectura de los relatos muestra distintos niveles de interés. Algunos son muy modestos en cuanto al retrato cultural de la vida social y económica de la ciudad, como los de Monvoisin, Palliere y Guinnard. Los dos primeros, como artistas plásticos, estaban más interesados en otros temas; Palliere no brinda muchos detalles de la ciudad, pero entrega un rico testimonio del paisaje cordillerano a partir de la travesía que realizó junto a los arrieros. Una buena oportunidad se perdió en el caso de Guinnard, quien visitó Mendoza pocos meses antes del terremoto de 1861, que destruyó la totalidad de la ciudad. Tuvo la oportunidad de describir y explicar cómo era Mendoza en el tramo final de su periodo tradicional. Sin embargo, al tener noticia de la catástrofe, renunció a entregar detalles de la misma. Se limitó a aseverar que, en vísperas del Terremoto, Mendoza era “la perla, la reina de la zona florida que se extiende al pie oriental de los Andes” (p.95).

Particularmente enjundioso resulta el relato de Huret. Compara las relaciones de producción de Mendoza con las de las pampas rioplatenses. Estas se destacan por el latifundio, la actividad agropecuaria extensiva, el escaso trabajo cultural, y el predominio de la cultura de la renta; en cambio, Mendoza brilla por su lazo con la pequeña propiedad, la agricultura intensiva y la cultura del trabajo. Mientras los oligarcas de las pampas poseen campos de miles de hectáreas, sin árboles ni mejoras, en Mendoza el autor se asombra de encontrar pequeñas parcelas de dos o tres hectáreas, con viñas y plantas frutales, rodeadas de trincheras de álamos y sauces. El autor destaca el aporte de los sectores que impulsaron este modelo, particularmente el gobernador Emilio Cívot, estadista que el autor considera con condiciones para alcanzar la presidencia de la República por su visión estratégica, y sobre todo, el Ferrocarril Buenos

Aires al Pacífico, de capitales británicos. Huret destaca el intenso bregar de la empresa ferroviaria por promover la división de la propiedad con vistas a superar el latifundio subexplotado. Pero señala, también, las resistencias de los grupos dominantes a ese proceso de parcelación. También muestra la importancia de los inmigrantes europeos y el boom vitivinícola de Mendoza. Destaca el crecimiento de la viticultura al pasarse de 4.800 hectáreas de viñas en 1887 a 40.000 en 1910. Ese crecimiento se concretó sobre la base del auge de las llamadas uvas francesas, que en ese momento representaban el 80% de la viticultura de Mendoza, relegando a las uvas criollas al 20% restante. Como resultado, Mendoza llega a producir 2.300.000 hectólitros, y la Argentina en su conjunto, 3.100.000 hl, lo cual le permitió superar los 2.700.000 hl de Chile, y situar al país como el principal productor de vino de las dos Américas.

El autor realiza también una mirada crítica al modelo vitivinícola de los inmigrantes, sobre todo por la tendencia al descuido de la calidad, y el afán por elaborar grandes cantidades de vino de dudosa factura. Señala el desprecio vigente entre los bodegueros de Mendoza por los métodos artesanales, como la pisada de la uva con pie de hombre, y su afán por sustituirlos por las máquinas, incluyendo las moledoras de uva, que junto con la baya, rompían también la pepita y derramaban un aceite amargo en el mosto. También advierte la concentración de la industria en grandes bodegueros que elaboran grandes cantidades de vino (entre 250 y 300.000 hectólitros). Llegan a esos volúmenes por medio de compra de uva a los pequeños viticultores. Pero la posición dominante que alcanzan en el mercado les permite realizar guerras comerciales y bajar el precio que pagan a los pequeños por la uva. Mientras los propietarios de esas grandes fábricas de vino, como Antonio Tomba, se ufanan de ese gigantismo, el autor expresaba su asombro, pues esas dimensiones rompían el paradigma europeo, donde no existían bodegas de ese tamaño.

Huret pone en foco el auge de la fruticultura, y destaca que en 1910 se cultivaban 1000 hectáreas de plantas frutales. Asevera que esta actividad se encuentra en plena expansión, con posibilidades de llegar a exportar frutas a Europa. Informa del interés de los empresarios locales por avanzar en esa dirección, proceso que, efectivamente, se concretó en la década de 1920. Con una mirada ilustrada, el autor detecta detalles de sumo interés. Por ejemplo, Huret señala que, entre las prácticas culturales, los fruticultores sometían a las plantas a situaciones de stress hídrico, para asegurar mayor calidad de la fruta. También observa las condiciones del

clima, y el efecto que ello podía causar en la producción, particularmente las heladas tardías de diciembre.

El autor entrega aportes también sobre el paisaje regional. Destaca la presencia del adobe como principal material de construcción para viviendas y bodegas; el impacto de las redes de regadío, la belleza del parque del Oeste, y el marco imponente de la cordillera de los Andes. El relato culmina con el viaje a Chile a bordo del Ferrocarril Trasandino. Describe el horror sublime de la montaña. Finalmente, el relato culmina con la llegada al Hotel Sudamericano, el lujoso establecimiento de la ciudad de Los Andes, hotel levantado con estándares internacionales de calidad, comparable al de Puente del Inca o al que se estaba construyendo entonces en Cacheuta.

Es muy difícil reseñar un libro con relatos de viajeros, pues cada investigador tiene su propio foco de interés. De todos modos, en estas líneas solo se han resaltado algunos aspectos de esas fuentes, apenas como una muestra de su espesor y riqueza. Es muy probable que este libro resulte de interés para investigar temas diversos, tanto políticos como sociales, económicos y culturales: la arquitectura, el paisaje, la cultura material, la transformación económica, los medios de transporte, son solo algunas de las áreas abordadas por esos viajeros.

Pablo Lacoste  
Instituto de Estudios Avanzados  
Universidad de Santiago de Chile  
Santiago, Chile  
pablo.lacoste@usach.cl